

Padre Pio IX, para que dirija con acierto la fluctuante nave de San Pedro; y sobre todo el Episcopado y sacerdocio católico, para que coadyuven y cooperen á la exaltacion de la fe, extirpacion de las herejías y conversion de los pecadores: gracia y bendicion sobre el augusto trono de San Fernando, invencible siempre y salvo de todos los peligros á la sola invocacion de vuestro nombre: sobre el Episcopado y clero español: sobre el jefe, cabildo y feligreses de esta iglesia parroquial; sobre todas las corporaciones religiosas que con tanto fervor, con tanto celo y con tan extraordinaria devocion sostienen, publican y defienden, bajo distintos títulos, vuestros atributos y perfecciones; gracia y bendicion sobre el infatigable carmelita que en vuestro templo y en vuestra soberana presencia me dirigió la palabra en el dia de mi primera Misa (1); sobre todos nuestros bienhechores en general y sobre el de cada uno en particular. Gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre los que ahora, en este mismo momento, se encuentren en el trance terrible de la agonía: indulgencia y libertad para nuestras hermanas las almas del purgatorio, en especial para las de mis queridos padres, y para las que se hallen más affigidas porque se hallan más abandonadas: gracia y bendicion sobre el devoto corazon de la Excma. señora que hoy os consagra estos magníficos y rendidos obsequios; alcanzadla cuanto desee temporal y espiritualmente, que bien merece vuestra acogida favorable la humildad y el amor con que os lo suplica; gracia y bendicion sobre esta real Congregacion que un dia y otro dia, y un año y otro año se muestra más agradecida á vuestro amparo y proteccion; gracia y bendicion, Virgen Santísima, sobre el más indigno, el más incapaz y el último, yo, de los ministros del santuario, que hoy por primera vez he tenido la honra de ser intérprete de los sentimientos de este vuestro cristiano pueblo, dedicándoos de esta manera las primicias de mi predicacion; gracia y bendicion sobre cuantos han tenido la paciencia de escucharme, y sobre todos los hijos de la militante Iglesia, para que, unidos en perfectísima caridad, regocijadas nuestras almas porque nos revestisteis con vestiduras de salud, ya que de corazon os invocamos, tambien de corazon os imitemos, y saludándoos, Virgen del Cármen, en esta vida transitoria, os alabemos, bendigamos y glorifiquemos despues, Virgen Santísima del Cármen, por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.

(1) Lo fué el Sr. Dr. D. Gregorio Montes, padrino tambien en mi investidura de doctor.

DISCURSO V.

Sobre el mismo asunto.

*Ecce nubecula parva quasi vestigium
hominis ascendebat de mari.*

Hé aquí que subia del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre.

(Lib. III de los Reyes, cap. XVIII, ver. 44.)

ARROBADOR y magnífico es el objeto que nos reúne en este grandioso y augusto templo: combinacion admirable de circunstancias nos impele á todos á inclinar nuestras cabezas ante el ara del altar: cadena interminable de siglos que ya pasaron viene á regenerar en nuestra presencia épocas de gloria, de excelencia y de Santidad. Para el orador cristiano que ha de emplearse en panegirizar una devocion universal cuyo origen se confunde en la noche de los tiempos; para el predicador evangélico que ha de colocar la base de su discurso en la cúspide de una montaña secular, tan eminente como la institucion que tuvo en ella su nacimiento; para el sacerdote de la ley de gracia que ha de poner en sus labios, con el fin de grabarla en el corazon de cuantos le escuchan, la magnánima generosidad de una Mujer incomparable que acaudilla, protege é inmortaliza una milicia cuya bandera es celestial, porque es hechura de sus manos, la mayor dificultad consiste en la eleccion del asunto sobre que debe discurrir.

Yo, sin embargo, retrocedo y me dirijo en alas de mi entusiasmo al oriente de la Palestina, y entre la dilatada cordillera de montes que la hermosea, arrebata mi atencion uno que, como el de Oreb, puede llamarse la mesa donde esa Providencia que todas las cosas cria y gobierna, apareja el convite y prepara nutri-

mento vital y delicioso á la piedad siempre creciente de las pasadas, presentes y futuras generaciones de cristianos: montaña mas célebre que la cenicienta plataforma del Selmon, emblanquecida por la nieve, como emblanquecen la cabeza de un hombre las canas de una venerable ancianidad: mas ennoblecida que las montañas de Armenia, porque si en aquellas descansó, sellada y cerrada á la curiosidad de los hombres, el Arca de la Alianza, en ésta hizo su mansion, pero abierta para todas las criaturas y prefigurada en un geroglífico inolvidable, el Arca de la divina misericordia: más fecunda que el monte Olivete, donde brotaron al impulso de maternales influencias olivas frondosísimas, cuyos renuevos se propagaron maravillosamente y existen aún entre nosotros en toda la redondéz de la tierra: montaña resplandeciente y coronada de gloria como la cima del Tábor, y donde el Patriarca Elías vió representados en una figura, tan elegante como sencilla, la majestad y el poderío de la suspirada libertadora de la cautiva Israel: montaña mucho más floreciente que la montaña de Sion, donde una manga pequeña que surgia del seno de los mares, hizo germinar y nutre con maternal rocío un sinnúmero de cipreses que levantan sus copas hasta el cielo y permanecen en orden de batalla como bien disciplinados escuadrones, y una multitud de lirios inmarcesibles que se cimbrean como cantando las alabanzas de su Criador, hasta la consumacion de los siglos. Segundo Sinaí, donde el Moisés de los carmelitas recibió el código de paz y de salvacion que le ofreciera la Legisladora y Co-redentora de los hombres: montaña más admirable y sorprendente que las gargantas del Libano, taladradas por las raices de cedros tan elevados en virtudes y tan eminentes en santidad, que el mundo los honra perpetuando su memoria, la Iglesia los rinde homenaje, inscribiéndolos en el catálogo de los Santos, y el Cristiano se gloria de ver expuestas sus efigies á la pública veneracion: montaña, finalmente, cuyo solo nombre arranca de los ojos lágrimas de ternura, y al corazon suspiros de consueño y gratitud: la montaña del Carmelo.

Yo veo, señores, un anciano de semblante risueño y respetable, con los piés desnudos, con las carnes cubiertas de groseras y desaliñadas pieles, de cuyas pupilas se desprende una luz, reflejo de la celeste que ilumina su entendimiento; de cuyos labios se exhala un fuego, llamarada sutil del que devora su alma por la gloria del Eterno; dirigiendo con avidez sus penetrantes miradas á la cresta del Carmelo, buscando un signo de salud, una prenda de salvacion del pueblo de Dios y de exterminio de sus enemigos;

otro arco que sea pacto de alianza entre el cielo y la tierra; otra nube de fuego que guie á los escogidos, y otra columna de nube donde oculto el Rey inmortal de los siglos, consuele á los predestinados; y poco á poco se levanta de las entrañas del mar una señal inesperada, un globo trasparente, una nubecilla imperceptible y pequeña como la huella de un hombre. *Ecce, nubecula parva, quasi vestigium hominis, ascendebat de mari.* Esta nube queda suspendida sobre la montaña, de allí á un momento la sirve de dosel, y poco despues se deshace en una lluvia fecundísima que fertiliza los campos, y reanima y sostiene, á despecho de la malignidad y de la herejía, las falanges del Cristianismo. ¿Me habeis comprendido, católicos? Aquella nube es Maria; y á su maternal rocío brota, como el pimpollo de una rosa, el Orden carmelitano: aquella nubecilla es la institucion del Carmelo, admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo; aquella nubecilla, por último, es el Escapulario del Carmen, que, universalizado en todo el orbe, produce en los que le visten prodigiosísimos é innumerables beneficios espirituales y temporales durante la vida y despues de la muerte. *Nubecula parva.*

Estas tres aplicaciones forman todo el pensamiento de mi discurso. Para alcanzar la divina gracia interpongamos la poderosa mediacion de la Virgen Santísima del Cármen, saludándola ahora con las palabras que en el dia de la Anunciacion la dirigió el Arcángel San Gabriel.

Ave Maria.

Es innegable, señores, que Maria Santísima ha sido desde la eternidad amor, esperanza y salvacion de todas las criaturas; es indudable que el mundo, á medida que se veia por los extravíos de los hombres amagado de su total ruina y abrumado bajo el peso de la cólera del cielo, aguardaba con impaciencia, creia fuera de toda duda y deseaba con seguridad consoladora un sér predestinado, una maravilla de la gracia, una mujer cuya humildad exaltaria el Omnipotente hasta el último grado de engrandecimiento, y á quien con religioso envanecimiento y júbilo imperturbable llamarían *Bienaventurada* todas las generaciones; y en esta imponente espectacion habia visto el universo atónito fluctuar un Arca sobre las aguas y libertarse en ella de la general inundacion las reliquias incontaminadas del linaje humano; aquella Arca era Maria;

dentro de sus entrañas bajaría á encarnar en los tiempos sucesivos el Libertador de los esclavos del demonio. Habian observado Noé y sus venturosos descendientes aquella paloma que salió y volvió á darles evidente testimonio de que era lejano el peligro y pasada la consternación; aquella paloma era Maria que, viniendo de lo más insondable de la eternidad, entraria en los desiertos de la vida como presagio feliz de nuestra redencion, y que saldria del mundo para entrar triunfante y coronada en las alturas, desde donde vela incansablemente por sus devotos y por sus escogidos. Habíase advertido en el pico de la pacífica mensajera un ramo verde de oliva, infalible figura de la paz; aquella oliva era Maria; sin Ella no hubiéramos tenido ni paz en la vida, ni paz en el alma, ni paz en el corazon: Maria es la oliva fecunda en virtudes; su bálsamo se destila en nuestras vidas, y su imitacion nos acerca á Dios insensiblemente. El universo habia visto aparecer en el enlutado zénit una franja de siete colores que, arrancando desde el cielo, en forma de arco se deslizaba con la suavidad de la culebra hasta unir el segundo extremo con la tierra: pues bien; este arco, que reconciliaba á los hombres con Dios, y que restituia á las criaturas la amistad de su Criador, era tambien Maria; y por quién sino por Ella conseguirian los infelices hijos de Adan amor á la virtud, esperanza de remedio y salvacion indisputable y eterna? En el indescriptible templo de Salomon contemplaba el mundo estremecido al refugio de los pecadores, á esa criatura que es toda maderas preciosas, porque es toda perfecciones; toda plata y oro y riquísimas piedras, porque es toda excelencias, y cuyo interior era el tabernáculo del amor, porque la Divinidad es el amor, y Maria es el tabernáculo de la Divinidad.

Y Elias contemplaba extasiado en la nubecilla del Carmelo á la que constituia las delicias de los hijos de los hombres. Ardía su corazon y chispeaban sus ojos, buscando una señal pequeña que fuese simbolo de una criatura muy grande, cuya medida no excediese á la de la huella de un hombre, porque tras ella habian de emprender su marcha los seguidores de la virtud, y que subiera del mar, es decir, que saliendo pura, inmaculada y santa del mar de la naturaleza, nos franquease á nosotros los abismos de la gracia; y ved, cristianos, la nubecilla del Carmelo: *Nubecula parva*. Maria es la nubecilla que Elias y sus discipulos vieron subir del mar, pequeña por la inmunidad de la culpa, é inmensurable por la plenitud de los carismas. Nubecilla pequeña, materia del cuerpo solar; Maria, Madre y materia del cuerpo del Salvador, segun la califica San Alberto Magno. Nubecita pequeña por

la humildad; grandísima, inmensa, por la santidad. Aquella nubecita de quien se desprendieron lluvias tan saludables, era Maria, de cuyo purísimo y amante Corazon llueven incesantemente sobre nosotros los raudales de la fe y las aguas de la caridad; así la describe Ernesto de Praga. Maria es la nubecita del Carmelo en la cual fué concebida, y de la cual nació la luz indeficiente, la aurora espiritual que ilumina á todo hombre envuelto en las tinieblas de este mundo; así lo considera el P. San Antonino. Maria es la nubecita divina del Carmelo, en que la salobre amargura del pecado original se convirtió en destilada, dulcísima miel de bienandanza y de justificacion. Nubecita pequeña, pero en que se revelaban á Elias cuatro misterios de colosal magnitud, importantísimos para nosotros, y honor, alabanza y bendicion para la increada Sabiduria: el primero, el nacimiento de una Niña que saldria á luz desde el vientre de su madre exenta y limpia de toda mancha; el segundo, la época en que tendría lugar tan sublime natalicio; el tercero, la perpétua é inviolable virginidad que la aurora recién nacida consagraria á su Dios; y el último, señores, la inseparable y utilísima union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en el seno de aquella Mujer, de la que por inflamada y misericordiosa obumbracion del Espíritu Santo naceria un Dios hecho hombre, y un hombre que nunca dejaria de ser Dios; y de esta manera lo explica Arnoldo de Bostio en su *Historia del Carmelo*. Nubecilla pequeña que prepara al mundo dias de ventura y de prosperidad; á la Iglesia ornamentos brillantes y columnas indestructibles, y á la Religion lumbreras esclarecidas, penitentes ejemplares, anacoretas austeros, Santos casi inimitables, y á cuyo rocío balsámico y cristalino brota como la grama con el rocío de la mañana, el ilustre, insigne y distinguido Orden carmelitano: *Nubecula parva*. Aquella nubecita infaliblemente es Maria; «aquella nubecita es incontestablemente la institucion del Cármén; admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo.» Segunda aplicacion.

Dos periodos notables se advierten en la nube misteriosa que llama mi atención en la presente mañana: majestuosa, aunque pequeña, se eleva desde la azulada superficie del profundo mar señoreándose de los aires, como el águila que remonta su pausado vuelo hasta colocarse mucho más allá de las nubes que la sirven de pedestal. Una vez la nubecita sobre la cumbre del Carmelo, el viento silba, el mar se encrespa, el firmamento se oscurece, y pocos instantes despues una lluvia inesperada deja caer brama-

dores borbollones de agua que se despeñan tortuosamente por las cascadas del monte como serpientes de plata: abre la tierra sus ávidas simas; los torrentes arrollan y envuelven las malezas que la viciaban, y la tribu de Isacar admira ya al altísimo Carmelo, ameno, florido y engalanado de sabrosos frutos y exquisitas viñas. La institucion del Carmen ofrece á nuestra consideracion la realidad de aquella bellísima figura; y de en medio de la oscuridad y de climas desconocidos nace, crece y se levanta como nube, colocándose en el monte de la antigua Iglesia, donde permanece, meciéndose al soplo de la contradiccion y de la incertidumbre, en las encantadoras y pintorescas regiones del Oriente. Elías, sobre quien vá la mano de Dios, segun la valiente expresion de la Escritura; aquel Profeta grande á quien consume el celo por la honra del Señor; que justificó la verdad de sus palabras con los portentosos prodigios que hizo descender desde los cielos hasta la tierra; que exento de la muerte fué trasladado en carro de fuego á ser inmortal habitador de paraísos inmarcibles, y que penetraba y conocia hasta los arcanos más recónditos del corazon eterno, vió en la nube carmelita el primer retoño de la generacion predilecta que vegetaria humilde en el silencio de los páramos y en las concavidades de los desiertos; que no se marchitaria nunca, y que se multiplicaria siempre esparciendo virtuosísimo olor de suavidad, bajo la invocacion y con la influencia y proteccion de la Virgen, en el augusto título del *Cármén*.

Si, señores; el Oriente contemplaba á los discípulos de Elías, nó ya como alumnos avezados al trabajo, á la mortificacion y á la vigilia en las escuelas de tan ejemplar maestro, sinó como valientes Macabeos adoptados y fortalecidos para la lucha por la Madre del Dios vivo; como soldados intrépidos que combaten sin descansar y vencen como sin combatir, acaudillados por la Judith de la ley de gracia, y que escriben en sus corazones el lema de *Carmelo*, alegría del emperio, embeleso de todas las edades y terror y confusion de los infiernos. Siempre en la presencia de Maria, de la gloria de Jerusalem, de la que es regocijo de Israel, y favorecidos desde las primeras épocas del mundo con las celestiales y benignas inspiraciones de la que nosotros no veríamos sino muchos siglos despues, abandonan el bullicio, se internan más y más en la soledad, acrecientan la penitencia, debilitan el cuerpo con la mortificacion de los sentidos, robustecen el alma con el sacrificio de su propia voluntad, abrazan el escudo de la fe, empuñan el acero de la perseverancia, y la Palestina es reducido campo á sus victorias, y el Oriente les franquea su salida, y

el Occidente los llama, los busca, los sale al encuentro, los entroniza con aparato marcial en lo más populoso de las naciones, los confia sus templos, los abre sus casas y los prodiga su generosidad. La ley antigua los despide, la ley de gracia los recibe, y el Orden carmelitano, como preñada nube, empieza á llover los raudales de su utilidad, de su beneficencia y de su necesidad desde el uno al otro polo de todo el continente católico. El cristianísimo Luis IX, Rey de Francia, los dispensa su proteccion; Roma los brinda con sus Basílicas; la Tiara los autoriza con sus privilegios; desde las bóvedas del Vaticano la fama publica por todo el mundo el contenido de las Bulas de los sucesores del Príncipe de los Apóstoles, favorables siempre á los carmelitas; y la Silla de San Pedro, piedra angular de la Iglesia de Jesucristo, sirve tambien de fundamento á esta veneranda institucion que se propaga como la chispa de una centella; y en Italia, España, Montpellier, y en todos los países donde se tremola el estandarte de Jesus, ondea con espíritu noble de piedad el del ejército invencible de la Virgen Santísima del *Cármén*.

No demos reposo á la imaginacion ni descanso al pensamiento. El averno desencadena sus hordas, y suscita escandalosa guerra contra la Religion del Crucificado; se propalan los errores; se ridiculiza el culto; se persigue, encarcela y asesina á sus ministros; se profanan, incendian y saquean los templos; se conculcan las imágenes más santas y prodigiosas; y el agareno, y el infiel, y el protestante, aguzan los primeros su alfange y el segundo su pluma, disponiéndose á destruir de un sólo golpe la devocion ferviente hácia Maria; pero la nube del Carmelo déjase ver en Inglaterra, y llueve sobre el jardín de los Santos su fecundante rocío. Lloran los carmelitas, y á los congojosos ayes, y á las quejas desconsoladas de los hijos, responden las tiernísimas y personales apariciones de la Madre. Simon Stock pide, y Maria Santísima concede; Stock vé anubarrarse el horizonte cristiano, y la Reina de los cielos le patentiza en aquella su descension toda la hermosura y esplendidez de la gloria. Stock sabe que Maria Santísima es toda amor para los que la aman, y toda suavidad para los que la buscan, y la ama como al único sentimiento de su corazon, y la busca como al único consuelo de sus afligidos y atribulados; y Maria abandona su trono, rompe la esfera, y, circundada por los resplandores del sol, sostenida sobre el disco de la luna, columpiándose en un grupo de nubes, y abriéndose paso por entre el saludo de los céfiros y el cántico de las aves, desciende y entrega á los carmelitas aquella prenda de salvacion y remedio en todos

los peligros, y establece aquella confederacion eterna que permanecerá indisoluble hasta el último dia de todos los tiempos. Por mandato de la Soberana Señora, Honorio III confirmó el Orden del Cármen; Juan XXII le dá un aumento maravilloso, é instantánea y súbitamente los carmelitas se multiplican como las arenas de la ribera, como las estrellas del firmamento, como las conchas del mar. En las cuatro partes del mundo retumban los himnos estrepitosos de los triunfos del Carmelo; y la utilidad, la beneficencia y la necesidad de tan esclarecida fundacion, llama á todos sus individuos á los países más ignorados y remotos; allí cautivan las almas donde quiera que se presentan; allí se extirpan los vicios á donde llega el aroma de sus virtudes; y esta milicia privilegiada y predilecta de Maria queda santificada cuando la Iglesia, infalible en sus acuerdos, canoniza y expone solemnemente á nuestra veneracion á los Albertos y Gerardos, á los Corsinos y Juanes de la Cruz, á las querúbicas Magdalenas de Pazzis y á las seráficas Teresas de Jesus.

¿Dónde te has escondido, nube mágica y encantadora del Carmelo? ¿Dónde estais, comunidades venerables, lucidos escuadrones que militabais bajo la enseña de la que es hermosura del Carmelo y de Saron? No hay carmelitas, señores: la impiedad los acechó, la ambicion los persiguió, la revolucion los exterminó: hoy solo quedan algunos, muy pocos de sus templos, porque la mayor parte los ha reducido á escombros y cenizas el hacha devastadora del siglo de las luces. Pero aún existes tú, magnífica iglesia del Carmen calzado, templo para mí de dulcísimas memorias y arrebatadoras impresiones. ¡Once de Abril de 1852, aunque trascurrido ya, yo te saludo! en ese dia un nuevo sacerdote celebraba por primera vez el incruento sacrificio de la misa, en un altar consagrado á la Virgen Santísima del Cármen; ese sacerdote era yo, y ese altar era aquel; ¡plegue al cielo conservarle ileso á la accion del tiempo y de los hombres, como se conserva el último torreón de un castillo para testimonio del valor y la nobleza de los señores que le habitaran! No hay carmelitas: no queda más que el modelo de sus virtudes, el recuerdo de sus solemnidades y regocijos, el eco de sus salmodias que aún nos conmueve y nos convida á la oracion, y su divisa y su nombre para pública y eterna comprobacion de que la nubecilla vista por Elías era la institucion del Cármen, admitida, propagada y reconocida como útil, benéfica y necesaria en toda la Iglesia de Jesucristo. *Nubecula parva.*

Maria Santísima se honró y nos honró instituyendo, multipli-

cando y sosteniendo al abrigo de su manto el Orden carmelitano; para prueba de su inefable predileccion vistió Ella misma y bajó del cielo el Escapulario que sus hijos habian de vestir; y «este Escapulario es la nubecilla que sirve de norte á mi panegirico por los innumerables y prodigiosísimos efectos que durante la vida y despues de la muerte producen en los que visten, con las debidas disposiciones, tan relevante distintivo.» Última y tercera aplicacion, y concluyo.

El sentimiento más generoso de Maria es el amor para con todas las criaturas, y su más deliciosa ocupacion consiste en favorecer sin interrupcion y sin medida á los que adoptó como hijos en el monte de la Redencion; y crece la nobleza de estos sentimientos y se dilata hasta lo infinito el fuego de este amor para con aquellos que, respondiendo debidamente al título de *devotos de Maria*, suspenden sobre su pecho, al mismo tiempo que veneran con toda la efusion de su alma, el Escapulario santísimo del Cármen. Levántense en este lugar, porque yo se lo mandé en nombre de Jesucristo, las miserables cenizas de aquellos herejes que dieron á la Iglesia tantos dias de luto y de consternacion: reúnanse por un momento en este templo augusto esos impíos de moda que clasifican todos los signos de nuestra devocion de *hipócritas*, de *fanáticos* y de *supersticiosos*: vengan en hora buena los segundos y resuciten las primeras para contemplar aquella Imágen encantadora, imperfecto bosquejo de la que descendió desde la gloria á depositar el Escapulario del Cármen en manos del más amante de sus hijos. *Nubecula parva.*

Pequeño como la nube á quien le comparo, se coloca este distintivo sobre la inaccesible montaña de la Ciudad Eterna, crece en el Vaticano, se extiende de pueblo en pueblo, atraviesa de nacion en nacion, penetra de reino en reino, favorece con sus benéficas influencias á todo el mundo cristiano, y constituye el blason más honorífico en el escudo de la nobleza católica: no es una quimera soñada por los devotos ilusos, é inventada por un fervor calenturiento ó especulativo, es una señal de paz, un vínculo de amistad, tejido dentro de las bóvedas de la Jerusalem celestial por la Emperatriz de los querubines, nuestra Madre Maria Santísima.

Prudente la Iglesia y generosa en deliberar y conceder, abre su inagotable tesoro por la mano de sus Pontífices, y colma de inenarrables privilegios el Escapulario de Maria. Si la malignidad y la envidia le combaten, le defienden con indecible constancia los Alejandros, los Pios, los Gregorios, los Clementes y Paulos y cuantos les sucedieron. La heregia prepara sus emboscadas y redo-

bla los golpes contra los amantes de Maria seguidores de esta devocion, y el Concilio de Trento fulmina sus anatemas y la extermina, confunde y anonada. Con el Escapulario del Cármen somos todos carmelitas; podemos honrarnos en todas partes de pertenecer y de participar de todas las gracias, prerogativas y bendiciones que enriquecen á la milicia de Maria. Las maceraciones, las vigiliás, los ayunos, las penalidades todas de los ínclitos hijos del Carmelo, nó solamente sirvieron para la santificacion de los que las practicaron, sinó que sirven y suplen tambien en la presencia de Dios cuanto imperfecto, descuidado ó poco fervoroso haya en nuestra penitencia y mortificacion. Por el Escapulario del Cármen despreciamos al mundo, vencemos al demonio y reducimos la carne á servidumbre; encuentra el pecador arrepentimiento, el justo perseverancia, el débil aliento, nos facilita los medios para vivir en gracia y nos granjea la dicha de morir en el ósculo del Señor. *Nubecula parva*. Esta nubecilla que fecundiza con universal rocío á los peregrinos fatigados de la militante Iglesia, le hace penetrar más allá de los sepulcros, quebranta las puertas de la eternidad, cierra los antros del infierno, descorre los cerrojos del purgatorio, apaga su incendio, refrigera las almas, enjuga su llanto, colma sus halagüeñas esperanzas, y asidas al Escapulario que visitieron, suben entonando los cánticos de su triunfo á saludar, enaltecer y glorificar regocijadas en la patria de las recompensas, á la Virgen Santísima del Cármen.

Pero basta, señores: ¿á qué, teniendo suficientes pruebas de esta verdad en el tiempo, acudimos á buscarlas en la eternidad? El indigente encuentra en el Escapulario del Cármen el socorro de sus necesidades; el afligido el consuelo; el enfermo su medicina; el cautivo su compañía; su guía el caminante; su faro el marinerero. El Escapulario del Cármen es el iris de bonanza en el proceloso mar, el sol para los campos, el agua contra las invasiones del fuego, azote contra la guerra, palmera frondosa á cuya gigante y apacible sombra duermen las naciones cristianas con el sueño de la paz; es todo para todos, y todo para cada uno de nosotros. Limitado en su forma, infinito en sus privilegios; pobre y humilde en la tosca materia de que se compone, pero riquísimo, admirable y consolador en sus efectos, como es admirable, consolador y riquísimo cuanto viene de las manos de Maria. «Maria, en la nubecilla del Carmelo, llovió sobre aquella montaña una institucion que de hecho y de derecho la pertenece: bajo su amparo, los carmelitas se estendieron como aquella nubecilla, y recibiendo despues el bendito y venerable Escapulario, consiguieron uni-

versalizarlo por sus innumerables privilegios y utilísimos efectos en toda la Iglesia de Jesucristo. «*Nubecula parva, quasi vestigium hominis, ascendebat de mari.*

No alcanzan á más mis fuerzas, lo que haya faltado á mis labios en alabanza de la Emperatriz y Señora del Carmelo, súplalo la fe, la esperanza y los religiosos deseos de vuestro corazón. Apresuraos á llegar al altar santo desde donde Maria os dá las gracias por el obsequio y homenajes que la tributais en estas sus festividades: y yo os suplico con toda la ternura de un ministro del Señor, y en nombre de la Virgen Santísima del Cármen, que ya que por su advocacion y su presencia se vió libre este magnífico templo de los horribles asesinatos y sacrílegas escandalosas profanaciones de que hace pocos años y por estos dias fué testigo la capital y córte de la nacion española; que ya que el genio malféfico del exterminio no ha conseguido barrenar sus cimientos, arrancar sus capiteles y pulverizar sus imágenes (1), cooperéis vosotros con vuestras oraciones y vuestras limosnas á su conservacion y á la propagacion de las glorias de Maria: recibid de sus manos inmaculadas el Sagrado Escapulario; desempeñad con humildad y confianza las obligaciones que os impone; imitad las virtudes de la Madre, cumpliendo en vuestro respectivo estado con las leyes santísimas del Hijo; acojámonos todos, mientras viajemos por este valle de dolor y desconsuelo, al abrigo del manto carmelita; y á la hora de la muerte tendremos la satisfaccion inexplicable de subir á cantar las alabanzas de la que es nuestro amor, nuestra esperanza y salvacion, en el celestial Carmelo de la gloria. Así sea.



(1) Y nó porque no lo haya intentando repetidas veces, sinó porque la Virgen tal vez no lo ha permitido.